

y quería hacerlos valer. Sus instructores no fueran los grandes filósofos, pues los libros de estos eran para la clase alta y culta, hasta que fueron apareciendo aquellos menos aristocráticos, como Rousseau. Voltaire trataba al pueblo de *canalla*, y creía que era no tan solo una locura, sino ceguera el instruirlo. Y con todo Voltaire y Mirabeau personifican el genio del siglo; aquel como iniciador en el campo del pensamiento; este en el de la acción; aquel refinado y cortesano, este perseguido y vicioso; aquel irónico, este vehemente y exaltado; aquel todo hiel y nervios, esto todo músculos y sangre; ambos de mucho ingenio, saben sustraerse á los cálculos y miras exclusivas, pero sin mantener el equilibrio entre sus violencias, ni establecer regla alguna en los trasportes de cólera y en las inspiraciones febriles; los dos desuellan á su manera la sociedad, pero manteniéndose ellos en pié; con su viva elocuencia engendran los partidos, y con todo saben mantenerse en medio de la revolución; son los mas calorosos entre los que escriben y hablan, y los que menos declaman; no resuelven ninguna cuestión, pero saben presentarlas de manera á facilitar el camino para resolverlas. Voltaire no puede ya hacer nada contra nuestro siglo que no lee, pero que piensa, arguye y explica; mientras que Mirabeau aun en el día podría reclamar la libertad verdadera contra una tiranía democrática.

II

De la escuela de Voltaire ó de las ideas inglesas que él había trasplantado en Francia, nació aquel pandemonio que se llama la *Enciclopedia*, obra gigantesca en que trabajaron todos los ingenios para hacer el inventario de las ciencias, y de las artes humanas, excluyendo de ellas á Dios, y dando al hombre el orgullo del progreso, debido tan solo á sus propias fuerzas.

Entre los enciclopedistas el pensamiento pasaba ántes que el hecho, y la opinión ántes que la conciencia: abusaban de la crítica, de la imprenta, del pseudonismo; reuníanse con las sociedades secretas; usaban del subterfugio; presentábanse como pensadores y espíritus fuertes; trabajaban de acuerdo, y échose arbitros de las opiniones, podían dirigirla á su antojo; pero el pueblo se ocupaba poco de ellos, ni llegaban hasta él mas que las canciones, algunas novelas, algun proceso y la comedia. Y en efecto, una comedia adquirió entonces la importancia de un suceso, haciendo ver en la escena el odio de la plebe contra la clase hasta entonces dominante.

Beaumarchais puede ofrecernos y nos presenta otra faz del tiempo que tratamos de describir en Mirabeau. Escaso de ingenio, pero trabajador y resuelto á abrirse paso, todos los medios son buenos para él; los relojes que ábrica su p re, arpa con que da lecciones

en la corte, y un poco mas tarde hasta un pleito que le intentaron, todo lo utiliza. Y así es que muerto el banquero Duverney que le había protegido y auxiliado en los negocios, el albacea de este reclama de Beaumarchais cincuenta mil francos. Entáblase un pleito, y Beaumarchais, segun su costumbre, ofrece á su relator Gozman cien doblones y un reloj de brillantes para ganarlo. Perdido el pleito, Gozman restituye el dinero y el reloj; pero Beaumarchais pretende haberle dado quince doblones mas. Gozman dice que es una calumnia y le pone pleito; y Beaumarchais por estos quince doblones la emprende con el relator y con toda la magistratura. Maupeau había por entonces reformado los parlamentos, creando uno nuevo en vez de los antiguos, medida que había disgustado á los ricos porque los quitaba sus empleos, sin ganar por eso la confianza del pueblo; y como sucede al acercarse toda revolución, pedia toda clase de reformas, y ninguna le satisfacia. Beaumarchais se resuelve entonces á apelar de aquel tribunal al de la opinión pública, dando á luz sus Memorias (1771), mezcla de talento, burlas, entusiasmos, imaginación é ironía; mientras que por otra parte mostrándose flexible, sardónico y maligno, impone un nombre á esta multitud vencida y oprimida á la vez exclamando: « Yo soy ciudadano, no » cortesano, ni abad, ni hacendista, ni noble, » ni favorito; nada de lo que se llama poder. » Soy un ciudadano. »

Palabra y cosa nueva destinadas á crecer. Y á la verdad ya no había reyes que combatesen contra reyes, ni parlamentos que suspendiesen las providencias de los príncipes, ni Jesuitas y jansenistas que se hostigasen con tesis y con bulas, sino un hombre solo, acusado, sin abuelos ilustres, sin familia, que se atrevía á hacer frente, á resistir enérgicamente, que trataba de tú al parlamento, y que no quería dejarse pisotear por un consejero, porque se creía ciudadano aunque plebeyo.

Todos dan importancia á los escritos de este orador, que no pertenecía ni al foro ni al púlpito; que expone á la inspección pública la práctica judicial, llamando en su lugar el buen sentido para sentenciar, é introducir lo mejor que habían dicho hasta entonces los legistas. El parlamento no se atrevió á condenarle, imponiéndole tan solo una nota de deshonra; pero el público protesta, el príncipe de Conti le brindó á comer, la corte le busca, y de esta manera Beaumarchais hace triunfar el título de ciudadano que se había dado; de su causa hace la causa de todos; se presentó ante la opinión pública como la víctima de la tiranía, y multiplica sus escritos, que eran proceso, sátira, drama, comedia, arena, galería de cuadros; recupera sus bienes y su honor; el pueblo aplaude el hombre que le vindica de un parlamento bastardo, y la filosofía penetra entonces hasta en las fuertes empalizadas del mismo parlamento.

Beaumarchais, mas positivo aun que literato, se casó sucesivamente con dos ricas viudas, compró propiedades, contribuyó á hacer buenas obras, á establecer una casa de descuento, á otra para mujeres en la ciudad de Lyon, y á una sociedad de agua potable. En esta última empresa tuvo por adversario á Mirabeau, quien, irritado primeramente de la contestación, y luego del silencio, descendió á personalidades brutales; pero Beaumarchais se calló, y este era el mayor mal que podía hacer al hombre que deseaba disputar, que le gustaba el ruido, la animación y el escándalo en todo.

Con todo tambien Beaumarchais tuvo procesos por adulterio, por la muerte de sus dos mujeres, y por malversación; pero ¿qué importa? Al pueblo le interesaba muy poco su moralidad, y solo se paraba en ver acariciadas por él sus propias pasiones, como lo hacía en el *Figaro* (1775). Si se juzga esta comedia por las reglas del arte, es prolija, irregular y llena de intrigas de mal gusto; pero agasajaba las inclinaciones de aquellos tiempos, pintando la nobleza y al alto clero con negro colorido, y al pueblo le preparaba á una lucha afortunada contra la aristocracia. El barbero Figaro lo gobierna todo con astucia é impudencia, siendo hijo de príncipe y un tunante; mientras que Almaviva, gran señor, hermoso, vivo, generoso, y castellano de buena raza, ve que aquel le disputa sus amigos, sus enredos y casi hasta sus queridas.

El buen rey Luis protestó diciendo que jamas permitiría el ensayo de aquella comedia: Beaumarchais protestó diciendo que la haría ensayar hasta en la catedral de Paris. Y en efecto, despues de réplicas sin cuento, se representó en Trianon, haciendo María Antonieta el papel de Rosina, y el de Figaro el futuro Carlos X. El mismo autor hace describir por un noble la impresion de aquel drama:

« Recuerdo la primera vez que tuve el honor de acompañar á mi madre al teatro frances. Con mucho trabajo y protección obtuvimos un palco; salimos de casa muy temprano, y esta fué la primera vez que mi madre esperó para poder entrar. Cuando lo verificamos, el teatro estaba lleno como un huevo. En todas las fisonomías se leía una curiosa atención é impaciencia, y hasta se decía que algunas personas para estar seguras de no perder su puesto, habían pasado la noche en el teatro, y en verdad que parecíame verlas despertarse como entontecidas del primer sueño al ver el gentío.

« Permanecer impasible era para mi madre un deber sagrado de ceremonia. Hasta que se levantó el telon no hizo demostración alguna, y entonces principió un drama que parecía un sueño. Primeramente apareció un criado galante, amanerado, amoroso, lanzando agudezas á cada instante, que habla de todo sin decir nada, y sobre todo de su amo: critica, intriga, no respeta nada, ni siquiera la querida de

aquel; libertino y jovial al exceso, á todo se atreve, está dipuesto á todo, hasta al adulterio; poeta, orador, diplomático, político desenfundado, periodista, médico y veterinario, músico y barbero, salta, ríe y hace contorsiones: este es el héroe del drama. Mi madre no comprendía casi nada.

« Luego presentábase un gran señor, un Español de noble alcurnia, elegante, bien hecho, afable, un poquito filósofo, hombre que conocía lo que valía una mujer, excelente dueño de un castillo en donde ejercía el derecho de alta justicia, y en la corte un buen señor. Y con todo eso es el objeto de las burlas de su mismo criado, que le ataca, le acusa, le intriga, le aniquila, le disputa una doncella de quien se había encaprichado el pobre conde de Almaviva; y por fin, le disputa hasta la condesa.

« Entonces mi madre, princesa de Wolfenbüttel, al oír por un lado aquel impertinente, y aquella doncella loca de amor, tan fácil en apariencia, elegante como una gran dama, petulante y habladora, y al ver por el otro aquel noble personaje que solo había tenido ¡ la molestia de nacer ilustre! ¡ La molestia de nacer!... ¡ Qué frases, qué contrasentido! ¡ Qué trajes en casa de un grande de España, de un señor del toison de oro! mi madre, digo perdía el juicio.

« Pero su sorpresa llegó al extremo cuando vió llegar una figura vestida de negro, con levita muy larga, sombrero de ala ancha, ojos hundidos, fisonomía estúpida, cabellos aplastados á fuerza de aceite ó de pomada, sonrisa maligna, talante innoble, andar hipócrita; nada le falta, es tal cual se presenta, el cortesano de todos los instantes, el fabricante de chistes de su amo, el complaciente de la señora, el criado de los criados de la casa, el adulador con privilegio, el lacayo, el ángel tutelar de la perrita... sí, él tal cual aparece á la vista sorprendida, se encuentra envuelto, embrollado en una intriga amorosa.

« Entonces, ligero y brillante como la linda mariposa á su primer vuelo, con negligencia y descuido, pero alegre, perfumado, canturriando, gesticulando, ignorante é ingenuo, corriendo por instinto tras las mujeres, viene Querubin; el trasparente Querubin que tiene por costumbre contar los latidos de su corazón á las nubes, á las plantas, á las flores, á las fuentes y á Marcelina. ¡ Ojo alerta si sois una mujer! Susana le besa con pena y remordimiento; una condesa, casada con un gran señor, le mira y contempla suspirando. Todas le desean, todas le adoran, y como es natural, tiene envidiosos y enemigos.

« Al lado de Querubin existe un ser aun mas ignorante; una jovencilla que no sabe nada, que se deja instruir, pero que por sí sola no aprendería cosa alguna. Querubin repite á Paquita las lecciones que roba acá y acullá... Vigílad á Paquita que suspira sumisa, que se esconde para suspirar, y que escucha con aten-

cion fantástica, que morirá antes que dar un paso hacia la ciencia, pero para quien la ciencia es una delicia.

» Pues bien, todas estas pasiones confusas, entremezcladas, amontonadas, producen el resultado mas patente, mas antisocial y mas inmoral que jamas se haya podido concebir ni presentar delante de una asamblea ó reunion. En este drama infernal todo el edificio social es atacado, todas las virtudes domésticas quedan expuestas al ridículo mas infame; el criado engaña á su amo; el marido á la mujer, la mujer al marido; una es madre sin ser esposa, un padre tiene que reconocer un hijo, la madre quiere casarse con su propio hijo, el hijo insulta la madre; el juez se vende, el villano arguye, la moznela se deja hacer la corte, el muchacho es libertino. Todo es confusion, se encuentran en aposentos oscuros, se hablan, se tientan, riñen, rien, se tratan de tú los criados y los amos; es la intriga del siglo, el poder del siglo, son las mujeres, los trajes, el amor, el escándalo, es en una palabra el espíritu del siglo.

» Todos, comprendida la corte, aplaudian este extraño espectáculo. El pueblo, oyente, activo y apasionado, estaba como frenético de alegría al ver un gran señor burlado cruelmente y con escarnio. La comedia habia hecho, pues, un progreso singular, puesto que se rebajaba el trono, se despreciaban cetros y coronas, las creencias y la nobleza, marcaba sus víctimas con hierro enrojado en la frente; era una lucha completamente favorable á las pasiones populares; era una continua adulacion del pobre á expensas del rico, del débil á expensas del poderoso: al pueblo tocaba el primer papel: el vestido de corte se eclipsaba delante del traje de la clase média; el pueblo aplaudia y victoreaba con toda la fuerza de sus pulmones, y su alegría era serena como el semblante de la justicia. Si en aquellos tiempos se hubiera sabido prever, grandes previsiones se podian hacer.

» En los palcos principales las señoras lloraban enternecidas, y seguian con boca abierta y aliento retenido el hilo de las adversidades de las cinco mujeres, tomando parte en su suerte. Las mujeres de aquellos tiempos no veían mas que el amor, la corte no pensaba mas que en mandar, el mosquetero en batirse, el gobierno en embriagarse, y el poeta en hacer versos.

» No puedo describir la indignacion y el estupor de mi madre: todo el tiempo que duró la representacion permanecia como oprimida por un horrible peso, y no cesaba de exclamar y suspirar. En ocasiones la veía dispuesta á gritar; fuego, ladrones! pero el miedo la contenia. Se avergonzaba de verse en un palco abierto al lado de un hijo oyendo infamias y presenciando obscenidades. De vez en cuando mirábame sonrojada como si me dijese: *Perdóname*. Vuelta á casa, echó de ella al mayordomo

por no encontrarle bastante respetuoso, sin que le valieran de nada sus buenas cualidades y su celo. Á mí solo me dijo: *Mañana verá á la reina y le contaré todo, todo*. Y á la verdad, jamas terror fué mas justo que el de mi madre, ahora que pienso en ello (1). »

El *Figaro* era un síntoma de la situacion mas bien que un presagio. Los escritores vacilaban entonces en aquella política média, en la cual, si favorecen á los mas fuertes, pierden otro tanto ó faltan á la generosidad haciéndose cómplices como Voltaire; y si predicaban en favor de los débiles, el fuerte tiene razon en ponerlos presos. Pero aquí son los mas débiles los que triunfan con el consentimiento del fuerte, pudiendo decirse que esta fase ó representacion fué el primero y uno de los mas importantes actos de la Revolucion, la cual ya habia principiado en el público, antes que llegase á tener una existencia reconocida por medio de la via legal.

Al frente, pues, del orden establecido están Voltaire, Beaumarchais y Mirabeau, que forman la individualidad, la ironía y la política. En esta Francia que se aburre tan fácilmente, la atencion pública estaba cansada del vuelo de Mongolfier, de la electricidad de Franklin, de las ilusiones de Mesmer, de los encantos de Cagliostro, de las novelas y cuentos de Pigault Lebrun, y de la guerra de América. E. Röderer, en su escrito sobre la *Diputacion á los Estados Generales*, decia: « Hace cuarenta años que cien mil Franceses se entretienen con Locke, Rousseau y Montesquieu; de ellos reciben todos los dias grandes lecciones sobre los derechos y los deberes de los hombres de Estado. Ha llegado el momento de ponerlas en práctica. »

Y en efecto las pusieron; pero los hombres que no sabian leer ni escribir sacaron las consecuencias necesarias de las doctrinas con que se divertían los literatos.

Á esta altura tambien cesa para Mirabeau la novela, dejando paso á la historia; su ídolo ya no será Sofía, sino la patria, y tampoco será juzgado por la familia, sino por la nacion.

La cárcel habia facilitado el estudio á su disposicion, direccion á las pasiones, y entusiasmo á su ingenio.

El afecto que produjera su elocuencia en el proceso con su mujer, le inspiraba la confianza de poder desplegar un dia su grandeza. « De-

(1) Juan Bautista Guidi, Boloñes, encargado por el ministro Miromesnil de examinar el *Figaro*, lo desaprobó completamente, tanto en la parte moral como en la literaria. Beaumarchais le echó en cara su mal juicio sobre la pieza, fundándose en el entusiasmo con que habia sido recibida; pero aquel le contestó: « Si se hubiese anunciado que en aquella noche las bailarinas de la Ópera se pondrían á bailar desnudas, ¿no os parece que el gentío sería inmenso é interminable la risa? »

Mirabeau pidió á Beaumarchais doce mil francos prestados, y este se le burlaba. Aquel insistió diciendo que podia hacerlo sin molestia. « Es cierto, dijo Beaumarchais, pero siempre tendré que incomodarme con vos cuando llegue el plazo del pago, y es mejor reñir ahora, y ahorrarme doce mil francos. »

jadme en mi oscuridad; he hecho propósito de permanecer en ella hasta que una grande revolucion, ya sea en bien ó en mal, obligue á todo ciudadano á levantar la voz. Y esto no puede tardar. La nave del Estado se encuentra en un estrecho peligroso; un piloto hábil podria aun sacarla á alta mar, pero no sin el consentimiento de la chusma, y en esta oleada no se debe despreciar un solo marinero. » Así escribia en 1787, reflexionando, él que habia sido víctima del antiguo sistema, que la revolucion estaba madura. Hasta su padre decia tambien: « No hay mujer que no lleve en sus entrañas un Arteveld ó un Masaniello, y en efecto, todo el mundo comprendia que bajo aquella corrupcion se preparaba alguna cosa terrible. Los desórdenes de la sociedad elevada tocaban á su colmo; despues de los escándalos de la Regencia vinieron las costosas obscenidades de Luis XV; la violencia de los ministros y de los parlamentos atestaba la falta de nervio y de fuerza; la corrupcion descendia de los grandes al pueblo, de la corte al santuario, y si nouviésemos de ello otras pruebas y argumentos, bastaria para el lector lo poco que hemos indicado sobre la familia de Mirabeau. La Francia, que habia tolerado el absolutismo de Luis XIV y los escándalos de Luis XV, ahora temia al buen Luis XVI; esta nacion que admiraba las mujeres meretrices, murmuraba contra María Antonieta, denigrando todos sus actos y cualquiera vanidad juvenil, por manera que esta princesa sabiendo que era mal vista, manifestaba en su conducta abstenerse de mezclarse en las cosas políticas. Por su parte el rey creia ser amado de su pueblo y merecerlo, presentándose como la víctima expiatoria de las faltas de sus padres.

III

Los historiadores de la Revolucion descuidaron estudiar y pararse en los momentos que la precedieron, á la verdad ménos dramáticos, pero importantísimos, porque revelan el verdadero estado de la nacion, y el espíritu de 1789, tan diferente del de 1793; mientras que los aduladores y los detractores de la Revolucion suelen afirmar que con ella principiaron todos los bienes y todos los males de la presente época.

Cuando la imprenta no habia tomado vuelo todavía, y cuando los enciclopedistas eran casi los solos que se habian apropiado el monopolio de ella, por decirlo así, podia hacerse creer al rey lo que se queria, é inducirle en error por medio de una falsa pintura del estado del país. Y así sucedió; tanto mas que en la corte habia algunos de los miembros que secundaban el camino poco seguro de las reformas teóricas, y cuya mayoria se separaba de la buena via de los remedios posibles y oportunos para hacer frente y remediar los males verdaderos. Y estos

males existian por cierto: no la quinta, ni las contribuciones excesivas, la confusion en la familia, y la postracion de los individuos bajo la omnipotencia del Estado; no la ambicion de todos para obtener todo, la petulancia de rebajar al hombre en toda clase de instituciones, ni la vergonzosa indiferencia entre el bien y el mal como ahora, sino que ya existia la miseria, la ignorancia y la presuncion; ya principiaba la deuda pública á absorber lo que debia emplearse en el bien del pueblo; y en fin, ya se veían los males soportados con resignacion, por algunos como inevitables, y por otros con aquella paciencia del que aun cree en la posibilidad y en la voluntad de corregirlos.

Uno de los males que mas se echan en cara al gobierno de aquellos tiempos, es la centralizacion, por manera que solo él era libre. Los reyes habian procurado atraer hacia sí toda la autoridad, valiéndose para ello de los leyes que se esmeraban en encontrar iguales ejemplos en los decretos del imperio romano, y quitando del medio las corporaciones ó las personalidades que se interponian entre aquellos y el individuo. De este modo iban estableciendo la omnipotencia del Estado; así introducian su intervencion celosa en la relaciones cotidianas de los ciudadanos, la multiplicidad de los empleados y su carácter irresponsable. Casi todas las provincias de Francia habian perdido sus antiguas franquicias y libertades despues que Luis XIV las habia puesto, por decirlo así, en pública subasta, por intereses fiscales. La vida pública concentrábase en Paris, y en ninguna otra parte habia en realidad existencia independiente. El poder judicial tenia que defenderse contra las órdenes régias; todos los asuntos eran dirigidos por mil vias al consejo del rey, mientras que los intendentes, que eran administradores y jueces al mismo tiempo, hacian obedecer en todas partes la voluntad absoluta del príncipe.

Y téngase en cuenta que bajo la opresion comun quedaba en pié la desigualdad social; tantos privilegios causaban la desigualdad de pesos y medidas (1); se cerraban las puertas á muchos para desarrollar libremente y utilizar su propia habilidad, y no era posible la unidad de esfuerzos entre clases separadas por odios, motivados por privilegios sin compensacion ninguna.

En medio de aquella sociedad presentóse Satanás bajo la forma de Enciclopedia, y dijo: « Todos seréis iguales. » Así desaparecian las desigualdades no tan solo de nacimiento y de riqueza, sino hasta del mérito, pudiendo todo plebeyo llegar á ser diputado y ministro, con tal que hubiese audacia y ambicion.

(1) María Teresa de Austria buscaba el medio de disminuir la inmunidad de los privilegios, á fin de que se gravase ménos á los plebeyos, haciendo inscribir en el monumento que se preparaba estando aun con vida: *libertorum equitatem ins-tauravit.*

Como faltaban tradiciones liberales, nació el desprecio de lo pasado, y la manía de destruirlo; y faltando la vida pública, solo tenían influencia filosófica los literatos, gente inexperta en los negocios, alucinada por los principios abstractos, y que dió un carácter cosmopolita á la Revolución, en vez de uno nacional.

La Iglesia, que era la que mas había resistido á la centralización, hallábase ligada por muchos vínculos á la organización política, por lo que se vió arrastrada con ello. Y con todo las conquistas de que tanto alarde hace la Revolución la habían precedido. La prueba del tormento había sido abolida: Luis XVI suprimió los tribunales excepcionales; mejoró en ellos el modo de actuar; mandó que las sentencias que absolvían se imprimiesen á expensas públicas para reintegrar á los calumniados en el honor; hizo quitar la banqueta en que se ponían los acusados, pues (decía él) la primera regla en materia criminal es que uno sea tenido por inocente, mientras que no esté sentenciado, no solo en primera, sino en última instancia.

Luis XVI había tomado la iniciativa de innumerables reformas económicas y administrativas, para lo cual tuvo que luchar con los parlamentos, rodeándose de filósofos, economistas y hacendistas. Turgot en especial se había atrevido á hacer frente á la resistencia que oponían los hábitos y costumbres llenos de herrumbre, de los intereses privados, tratando de destruir el trabajo obligatorio, las corporaciones de oficios, y las trabas al comercio de granos. Luis que solía decirle, « no hay otros mas liberales que nosotros dos », lo comprendió perfectamente, porque para esto bastaba el corazón, pero no tuvo la energía suficiente para sostenerle contra el vulgo que le silbaba, mientras aplaudía al parlamento que quería conservar todos los abusos, y que impidió que se tomasen las medidas que hubieran contenido la Revolución, y que se conquistasen desde entonces aquellas instituciones y aquel bien, que después de un siglo de padecimientos aun estamos esperando.

También había tratado Necker de introducir asambleas provinciales con prerogativas mucho mayores que los consejos provinciales de hoy día, haciendo el ensayo de ellas en el Berry y en el Alta Guiana. Calonne y Brienne trabajaron igualmente en este sentido, con lo cual, constituyendo la unidad política con la autonomía administrativa, hubiéranse podido prevenir las agitaciones de la Asamblea general que se excedió porque no tenía contrapeso. Según los edictos publicados después de la Asamblea de notables de 1787 á las asambleas provinciales, y que no eran presididas tan solo de los dos primeros órdenes, se esperaba distribuir las contribuciones tanto régias como provinciales y comunales; como igualmente hacer al rey as representaciones que creyesen

útiles, é intervenir, por medio de un síndico, en todos los actos jurídicos que interesasen la provincia ó el distrito. Al mismo tiempo se trató de poner orden en el ramo de hacienda suprimiendo gastos abusivos; de poner al mismo nivel todos los Franceses para pagar las cargas del Estado; de fijar los gastos y el personal de los ministerios y de la corte, la cual renunciando al fausto debía despedir muchos empleados, y establecer una buena economía en la casa real; poníanse reglas fijas á las pensiones, y restricciones al número de personas ocupadas en puestos no necesarios; se restituyeron á los protestantes los derechos civiles suprimidos por el edicto de Nántes; se demolieron algunas fortalezas; se dió ensanche á los hospitales, y se dobló la dotación del de los ciegos, por lo cual al pié de la estatua de Enrique IV se escribió RESURREXIT.

Con un parlamento que no hacía mas que embarazar al gobierno, mezclándose de hacienda y de libertad para arruinar una y otra; con unos notables que decían lo que no quería la nación, y no lo que quería y deseaba, y con las frases sonoras de escritores y consejeros, hubiera sido necesario para salvar la Francia un rey capaz de ver por sí, y resuelto á llevar á cabo las reformas que creyese oportunas. Luis amaba sinceramente el bien, y tal vez manifestó demasiado respeto por una nación que valía ménos que él. Corto de inteligencia y de carácter débil, ¿cómo podía hacer él lo que otros mas fuertes no habían podido, ni poner dique á una revolución desenfrenada?

En realidad, las reformas eran la irrisión en la buena sociedad, mientras que el pueblo las acogía con silbidos, cansado de los intendentes y del parlamento; por lo que Carlos Dunoyer, director del *Censor Europeo*, tuvo que confesar, que todas las crisis de la libertad política en Francia nacen de haber pagado con negra ingratitud los titulados amigos de esta misma libertad los esfuerzos y los sacrificios que hizo aquel buen rey para destruir los abusos y consolidar la libertad.

Al quitar tantos abusos quedaban condenados otros muchos provechosos para ciertas personas, por lo que crecía el número de los descontentos, que se unían á aquellos que tachaban al rey de no querer la reforma. De aquí aquel remolino de ideas buenas y malas con que se acariciaban las consecuencias repudiando el principio del bien; con que se quería conmovér el mundo sin tener un punto de apoyo; de aquí nacía que todo era admitido y proclamado con una efervescencia de novicios; predicábase una justicia tan filosófica, una igualdad tan immoderada, un progreso tan indefinido, que por mas que concediese el gobierno, todo parecía insuficiente; y de esta manera se trabajaba para hacer inevitable la revolución, en vez de hacerla practicable y provechosa.

El acto solo de la convocación de los Estados Generales era por sí solo la mayor concesión

que un rey hubiese hecho á su pueblo. Desde aquel momento desaparecía el absolutismo; el rey mismo renunciaba por aquel acto á muchas prerogativas, se daba plena libertad de imprenta para preparar la opinión, y plenísima en las elecciones, pudiendo decirse con verdad que ninguna asamblea representó nunca la opinión nacional mejor que la de 1789.

Todos los ciudadanos de los tres órdenes fueron llamados á exponer sus demandas en comisiones (*cahiers*), que no eran simplemente programas, sino mandatos imperativos para los diputados. Así, pues, no se constituía la tiranía de trescientos ó cuatrocientos representantes que pudiesen disponer á su antojo de la nación; sino que se comprendía cuán peligroso sería confiar la constitución al capricho de diputados; imponiéndose que manifestasen y pidiesen lo que la nación deseaba; en una palabra, elegíanse representantes, no dictadores.

Reformar lo pasado antes que destruirlo, tal es el espíritu de todas las comisiones; las instituciones nacionales son buenas; el tiempo las alteró; es preciso ajustarlas á los principios, ó lo que es lo mismo regenerar, no destruir.

Muchos son de opinión que se daban aquellos mandatos solo porque el rey lo deseaba.

Con las prevenciones de estos tiempos se cree fácilmente que la clase de la nobleza y la del clero odiaban la libertad que reclamaba el pueblo; pero en realidad las proposiciones mas liberales, y hasta las mas radicales, vinieron de la nobleza, ora asociada á las logias masónicas, ó seducida por las doctrinas de los enciclopedistas.

El clero, alucinado por las libertades galicanas, no huía ni temía ninguna reforma, con tal que la hiciese él mismo. La libertad de la imprenta la desaprobaba, no por lo que ella era en sí, sino porque, en una nación en donde aun había tanta ignorancia, la trascendencia de un pequeño número de escritores puede mas bien ser perjudicial á la libertad. Del clero venían, pues, los consejos mas enérgicos y los mejores en favor de la educación del pueblo, para abolir los últimos restos de la servidumbre.

Hecho de moda el filosofismo, debía naturalmente inclinarse á hostilizar la Iglesia; y en efecto los electores, y sobre todo los que eran nobles, pedían la abolición de los conventos; la repartición igual de los bienes eclesiásticos; que se proveyese á la disciplina eclesiástica, hasta proponer que se celebrase en toda la Francia la fiesta del santo patron en el mismo día; no tan solo querían que el clero pagase las mismas cargas que los demas, sino que eran de parecer que se hiciese frente á las necesidades del Estado con la venta de bienes de la Iglesia; pero con todo, también querían que la religión católica fuese la del Estado, el mismo clero admitía la conveniencia de reformar los órdenes monásticos, la acumulación de beneficios, la obligación de residencia, y aquí está precisa-

mente la única diferencia capital en las comisiones de los tres órdenes ó brazos de la nación. En todo lo demas no se encuentra en aquellas comisiones una sola proposición hostil ó contraria á la libertad; todas la quieren en la vida individual como en la colectiva, en las relaciones civiles como en las instituciones políticas, en las provincias como en el mismo Estado, sin creerla por eso ofendida por las autoridades de entonces, sino por sus abusos: estos abusos del tiempo pasado, que todos reconocen y que hieren la dignidad humana, la libertad los destruirá; ella dará á la nación una estabilidad progresiva, y á la gran mayoría un feliz porvenir; hará desaparecer toda violación de las leyes, todo acto arbitrario de donde quiera que proceda; ya no habrá mas tiranía, sino el reinado verdadero y suave, como cosa necesaria á la unidad nacional, como el efecto y resultado de toda la historia, depositario de todas las franquicias, y garante de una estabilidad que es indispensable al progreso.

En una palabra, la Francia quería la libertad, no tanto para deshacerse del rey, sino de los muchos abusos y tiranías, haciéndola sinónima de igualdad. Sueña la libertad, pero sin violencia, y aspiraba al porvenir sin odiar lo pasado.

El fondo de las instrucciones ó mandatos era, que no se votasen leyes antes que no se obtuviese la sucesión hereditaria monárquica, la inviolabilidad del rey, el concurso de la nación para hacer las leyes, la inamovilidad de los magistrados, la inviolabilidad de los diputados, la responsabilidad de los ministros, que la nación fuese la sola que pudiese imponer las contribuciones, la periódica convocación de los Estados Generales, la libertad individual, la libertad de la imprenta, el secreto ó inviolabilidad de las cartas, y los estados provinciales (1).

Las cuestiones de entonces eran, pues, las mismas que se presentan en todos tiempos, establecidas bajo diferentes formas, y que aun no están resueltas en el día. Y es de notar que las publicaciones y folletos de aquella época así como en las personas cultas y pensadoras, la idea de lo bueno aparece mas clara que en los escritores, viéndose al mismo tiempo que no faltaba energía, tacto y conocimiento de los verdaderos intereses de la nación, á pesar de ser una sociedad en que abundaban los desórdenes, la desigualdad y los abusos. En vez de presentárenos como una sociedad que pasa delante de nosotros envuelta en el sudario con que debe enterrársela, nos aparece engalanada con los vestidos de un bello porvenir.

(1) Además de Ch. L. Chassin, admirador de los hechos de aquellos tiempos, que trata de las elecciones en el t. I del *Génie de la Révolution* (Paris, 1863), véase A. LABOT, *Convocation des États généraux, et législation électorale de 1789* con muchos documentos oficiales, procesos verbales, operaciones electorales, mandatos, etc.; y LEON DE PONCINS, *Les Cahiers de 1789* (Paris, 1866).